

GUSTAVO FRANCESCHI Y EL NACIONALISMO DESDE LA TRIBUNA DE *CRITERIO* (1932-34)

RESUMEN

Gustavo Franceschi fue una de las figuras más relevantes del catolicismo renovado de la década de 1930 en Argentina. Sus editoriales en la revista *Criterio* abordaron numerosos temas de actualidad en clave católica. No escapó a su pluma el nacionalismo, problemática candente en el período. Este artículo se propone abordar su mirada acerca de este fenómeno, teniendo en cuenta su condición de vocero de la Iglesia, en el marco del proceso de recristianización de los años '30. Como portavoz de las ideas de la jerarquía eclesiástica, Franceschi analizará el nacionalismo realizando críticas al liberalismo y a la democracia, al tiempo que marcará las características del “buen nacionalismo”: patriótico, católico, espiritual y medido.

PALABRAS CLAVE: Catolicismo, nacionalismo, liberalismo.

ABSTRACT

Gustavo Franceschi was one of the most important figures in argentinian renovated Catholicism during the 30's. His writings in *Criterio* developed several subjects in a catholic view. He wrote about nationalism, which was a main issue at that time. This article's aim is to work on Franceschi's view about that issue, taking on account that he was a Catholic Church spokesman, during the re-cristianization process of 1930's. As a spokesman from Church hierarchy, he analyzed nationalism as he criticized liberalism and democracy. At the same time, he characterized a “right nationalism”, consisting in: patriotic, catholic, spiritual and cautious.

KEY WORDS: Catholicism, nationalism, liberalism.

Fecha de recepción: 19 de diciembre de 2014

Fecha de aceptación: 07 de septiembre de 2015

GUSTAVO FRANCESCHI Y EL NACIONALISMO DESDE LA TRIBUNA DE *CRITERIO* (1932-34)

MARÍA ALEJANDRA BERTOLOTTO*

En las páginas que siguen analizaremos la visión que Franceschi esbozó del nacionalismo, como fenómeno en general y como movimiento, a través de sus editoriales en *Criterio*. Nuestro análisis, exigirá echar una mirada hacia dos focos particulares: por un lado, estudiaremos la perspectiva propia de Franceschi sobre el fenómeno del nacionalismo, en sí misma y en relación a la mirada de la jerarquía eclesiástica. Por otro lado, no podremos eludir el estudio de la siempre polémica relación entre católicos y nacionalistas, objeto de numerosas apreciaciones e investigaciones especializadas, que reviste cierta complejidad de acuerdo a la heterogeneidad del nacionalismo como movimiento en la Argentina. Asimismo, el abigarrado pensamiento de Franceschi nos llevará a tocar otros temas que en su concepción se relacionan, tales como el liberalismo y la democracia, y los regímenes totalitarios y comunistas. Nos centraremos en el período 1932-34, es decir, desde la asunción de Franceschi como director de *Criterio* a la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en nuestro país, en octubre de 1934. La elección del Congreso Eucarístico como punto de llegada remite al hecho de que la renovación católica que tuvo lugar durante la década del '30 tiene como uno de sus puntos álgidos este evento internacional, en relación particularmente al mejoramiento que significó en el vínculo entre la Iglesia católica y el Estado (Zanatta, 1996).

Franceschi, la impronta de *Criterio*

Realizando un balance del papel preponderante de Franceschi en la arena de los debates e ideas de la actualidad argentina podemos sostener que el director por veinticinco años de *Criterio* supo conquistar un lugar fundamental en dicho espacio como figura pública. Sin embargo, siguiendo a Tulio Halperin Donghi:

Es menos inmediatamente evidente que esa figura haya sido propiamente la de un intelectual: puesto que las posiciones de las que este eclesiástico quería hacerse vocero eran las de la Iglesia antes aún que las suyas propias: la autoridad que invocaba en su favor era una incomparablemente más alta que la de la contribución que pudiese aportar él mismo. (Halperin Donghi, 2006: 469)

No obstante, continúa Halperin Donghi, antes de que en 1919 asuma este papel de vocero con la publicación de *La democracia y la Iglesia*, Franceschi no sólo había forjado una carrera eclesiástica que lo había constituido en una presencia significativa en el movimiento católico, sino que había hecho oír su voz en el escenario intelectual con la ya mencionada obra *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea*.

En síntesis, según nuestro autor, Franceschi seguirá “siendo antes que ninguna otra cosa un soldado de la Iglesia” (Halperin Donghi, 2006: 473) y será esta ambición de servir a su causa la que guiará su empresa de divulgación por las verdades de la fe y la doctrina

* Universidad de Buenos Aires, UDESA, Auxiliar docente de la materia Historia Social II, Universidad Nacional de Moreno. Correo electrónico: ale_tres@hotmail.com.

eclesiástica, y logrará este cometido a través de los sucesivos números de *Criterio*, en tanto encontrará un público fiel y en crecimiento que hará eco de sus posturas, convirtiéndose así en el “apóstol de la restauración católica” (Halperin Donghi, 2006: 474). Por lo tanto, en el proceso de recristianización de la sociedad que se abriría en los '30, la tarea no pequeña que Franceschi arrojó sobre sus hombros fue la de reconquistar a la sociedad con el objetivo de que el sistema político lograra ser espejo fiel de una sociedad cristiana, manteniendo sin embargo la autonomía de la Iglesia (Lida, 2002). Franceschi identificaría que la renovación cristiana del orden temporal no se lograría sólo a través de la fuerza, sino de la regeneración moral, fundamentalmente mediante la educación y el apostolado (*Criterio*, 14/9/1933). Así, se revela la importancia que revistió *Criterio*: constituyó una obra vital para el autor en tanto tribuna doctrinaria y órgano educacional de la sociedad en regeneración.

Cuando en 1932 Franceschi asumió la dirección de *Criterio*, la revista ya contaba con una sólida implantación dentro del mundo católico, aunque no estaba transitando por su mejor momento económico, según apuntó Ivereigh (*Criterio*, 14/9/1991). *Criterio* fue fundada en marzo de 1928 por Atilio Dell’Oro Maini con un objetivo claro, que se confundía con su título: “formar el criterio del ciudadano” (Ruschi Crespo, 1998: 19). En efecto, la palabra hace referencia a la señal mediante la cual la verdad será claramente cognoscible, “la regla para discernir lo que es verdadero o falso”; es por lo tanto, una norma, una marca, distinta del error. (Ruschi Crespo, 1998: 31). La búsqueda y difusión de este criterio católico se materializará ya en agosto de 1922 con la formación de los Cursos de Cultura Católica bajo el mando de Dell’Oro Maini, Tomás Casares y Cesar Pico.

Durante su primera etapa, la revista combinaba lo más tradicional en materia de filosofía tomista con el vanguardismo literario de los jóvenes “martinierristas”, combinación apoyada en el marco doctrinario común católico. En términos generales, el tono de la revista era “marcadamente tradicionalista y el peso de los nacionalistas demasiado evidente” (Devoto y Barbero, 1983: 86). Desde el principio, se hace referencia a la necesidad de restaurar el “orden natural”, la disciplina y las jerarquías. Asimismo, por lo menos en sus dos primeros años de vida, la impresión que genera la lectura de *Criterio* es la de una “publicación hostil a la democracia, al liberalismo, al socialismo, al positivismo, elitista y conservadora, más tradicionalista que nacionalista” (Devoto y Barbero, 1983: 86). La rivalidad hacia el sistema democrático, concebido como un régimen en inminente crisis, se evidenciaría claramente con el apoyo de *Criterio* al golpe de estado que en 1930 encabezó el Gral. Uriburu.

A partir de 1932, de la mano de Franceschi, *Criterio* se terminaría de consolidar como “uno de los lugares legítimos de debate en la agitada atmósfera ideológica de los años treinta” (Caimari, 1995: 348). Sus editoriales adquirieron una importancia fundamental en la intelectualidad nacional y eclesiástica y, aun estando lejos de ser un reflejo de la opinión de todos los católicos, su mirada constituía una referencia ineludible para aquellos interesados en la interpretación católica de los problemas de su tiempo. Franceschi era, por sobre todo, un hombre de la Iglesia, consagrado a la Institución, que funcionaría en gran parte como pedagogo de la doctrina, intérprete entre la jerarquía y los fieles, un lector eclesial de los problemas cotidianos. Así, su posición se elevaba por encima de las discusiones del resto de los católicos. Por lo tanto, como sostiene Ivereigh, Franceschi “se convirtió desde luego en la expresión semi-oficial de la Iglesia, el centro intelectual y doctrinario católico de la época” (*Criterio*, 14/9/1991).

La renovación de la tradición: el catolicismo en los comienzos de la década del '30

Los turbulentos años '30 fueron el escenario del ya mencionado renacimiento católico que posibilitó a su vez el éxito de *Criterio* al mando de Franceschi a lo largo de la década. En términos generales, en América Latina la economía estaría signada por la crisis del modelo agroexportador (en el marco mundial de la Gran Depresión); en el plano político, la crisis del liberalismo y la irrupción de las masas, marcarán el surgimiento de ideas y regímenes autoritarios en el seno de las elites. En este marco, adquirirían mayor relevancia los proyectos políticos alternativos centrados en la búsqueda de la identidad nacional y en el establecimiento de un “nuevo orden”. En México, luego de la Revolución de 1910 y en el contexto de las guerras cristeras aparece en escena un nacionalismo antiliberal y antirrevolucionario que critica fuertemente a la República juarista, levantando la tradición católica y mestiza. Por otro lado, en Brasil, estas tendencias confluirán en el llamado “integralismo”, liderado por Plínio Salgado, que adquirirá notoriedad luego de la Revolución de 1930 que acabará con la República Velha.

En el caso argentino, serán los grupos nacionalistas que participarán en el primer golpe militar de la Argentina, encabezado por el general José F. Uriburu, los que encarnarán estas tendencias. En nuestro país, la “transición dramática y prolongada de un pasado tranquilizador a un futuro incierto” (Zanatta, 1996: 17) significó una crisis ideológica y de la identidad nacional. El modelo económico primario-exportador que había asegurado al país un lugar en el sistema económico mundial, estaba quebrado. El futuro parecía sombrío e incierto, al mismo tiempo que se hacían sentir los efectos de la industrialización y la urbanización, y se imponía la problemática de la “cuestión social”. La crisis del liberalismo fue, en la década del treinta, la nota dominante del debate de ideas, tanto como proyecto de organización política y social del Estado, como en lo que concierne a la concepción del individuo. De la mano del antiliberalismo, al igual que en otras partes del mundo, también en la Argentina existiría una fuerte reacción anticapitalista, y antidemocrática y, al mismo tiempo, anticomunista y antisocialista.

En particular, en el ámbito católico, la Iglesia intentaría conservar el orden y reforzar las estructuras organizativas. La Iglesia, en apoyo generalmente a los gobiernos militares, consideraría que la “única verdadera solución debía encarar los problemas de fondo, que sólo podían ser resueltos mediante una ‘recristianización de la sociedad’” (Mallimaci y Di Stefano, 2001: 22). Y, en última instancia, el objetivo en lo que respecta a su relación con el Estado sería su reconquista y conversión en un engranaje de este proceso, es decir, la reanudación de la unión que el Estado laico había roto: Iglesia y Estado, ciudadano y feligrés (Di Stefano y Zanatta, 2009: 430-31). Se pensaba en “la organización del laicado como factor fundamental para llevar el catolicismo a todos los ámbitos de la vida privada y pública” (Mallimaci y Di Stefano, 2001: 22).

Catolicismo y nacionalismo

El término “nacionalismo” resulta sumamente complejo de definir con precisión, en tanto con él se puede designar tanto a un grupo político como a una línea ideológica, pasando, en un sentido más amplio, por un movimiento cultural. En este sentido, es necesario entonces definir el concepto de nacionalismo que utilizamos en este trabajo. Siguiendo a Fernando Devoto y María Inés Barbero, nos referiremos a un:

Movimiento cultural acotado, por un lado, por la presencia en el pensamiento de aquellos a quienes denominaremos nacionalistas de ciertos elementos político-ideológicos comunes y, por otro, por una serie de actitudes y principios: cierta posición de crítica y disconformidad hacia el sistema imperante; una revisión no uniforme de los valores históricos aceptados como producto de este cuestionamiento del presente, relacionada con una crítica a diversos aspectos del liberalismo; una exaltación de la nacionalidad y, por último, una actitud de oposición hacia las filosofías y las organizaciones internacionalistas. [...] Consideramos el elemento esencial de nuestra definición que aquellos a quienes calificamos como nacionalistas se reconozcan a sí mismos como tales y sean vistos del mismo modo por el resto de la comunidad (Devoto y Barbero, 2006: 10).

Como veremos, el tipo particular de nacionalismo que propugnará Franceschi podrá en algunos puntos considerarse coincidente con esta definición, sin dejar de lado sus características originales.

En relación al vínculo entre catolicismo y nacionalismo tendremos en cuenta dos niveles de análisis. En primer lugar, destacaremos el proceso que Zanatta y Di Stefano denominaron “el viaje del catolicismo al centro del mito nacional” (2009: 404), referido a la tendencia a la “catolización” de la historia nacional. En un sentido amplio, Zanatta sostiene que existieron elementos en común entre las reacciones autoritarias de aquellas que la Santa Sede definía como “naciones católicas” a la crisis del liberalismo, es decir, podemos hablar de la existencia de una “familia católica” ligada a los autoritarismos en la década del treinta, y, con esto, también relacionada con factores asociados a éste: corporativismo, antiliberalismo, mito de la armonía social, nacionalismo, entre otros. Este “corpus ideológico” se constituye sobre una base que unifica “catolicidad” y “nacionalidad”, superponiendo identidad religiosa y ciudadana. Las consecuencias de esta identificación señalarían una vida política “imbuida de valores y comportamientos de naturaleza religiosa” (Zanatta, 1996: 12).

En segundo lugar, deberemos prestar atención a la relación que efectivamente se estableció entre el catolicismo y la jerarquía, y el nacionalismo como movimiento y como cuerpo de ideas en el período estudiado. La Iglesia de los años treinta fue, a grandes rasgos, nacionalista. El proceso de “catolización” de la identidad nacional reafirmó con fuerza este carácter y consolidó la pretensión de monopolio espiritual nacional. Sobre esta base, los católicos partirían en su lucha contra los males contemporáneos: el liberalismo, el socialismo, el comunismo, todas estas, ideologías extranjeras y enemigas del “ser nacional”. Un movimiento nacionalista heterogéneo y “genéricamente católico” se transformó y confluyó en un movimiento católico fervientemente nacionalista. Así, “el nacionalismo maurrasiano de sus comienzos se integró en un proceso de renovación católico, dentro del cual se convirtió a su vez en una corriente entre otras, también esta movilizadora por la restauración cristiana” (Zanatta, 1996: 12).

Cabe destacar, por otra parte, la posición de la Iglesia, como institución, al respecto del nacionalismo. Lo complejo del fenómeno radica en que se puede afirmar que, en general, todos los nacionalistas eran católicos, al punto de plantear la restauración de la doctrina como un objetivo necesario. Así, resulta significativo que gran parte de los más destacados

nacionalistas se hayan formado en el círculo de instituciones católicas o revistas² (los Cursos, o *Criterio*). Muchos católicos mantuvieron una “doble militancia en los movimientos nacionalistas y en la Acción Católica, lo que provocó no pocos dolores de cabeza a las jerarquías eclesásticas, preocupadas como siempre por evitar la participación directa de la Iglesia en la vida política y por atenuar las potenciales divisiones en las filas católicas” (Di Stefano y Zanatta, 2009: 433). Consecuentemente, la actitud de la Iglesia frente a los católicos nacionalistas será la de mantener en el plano doctrinario la distinción entre el “nacionalismo exagerado” y el “sano nacionalismo”, entendido como “una cristalina expresión de la ‘argentinidad’ y, en consecuencia, decididamente católico” (Di Stefano y Zanatta, 2009: 433). Este último, consideró la jerarquía, debía ser alentado ya que constituía una reacción de la juventud católica al régimen liberal en decadencia. Lo importante, para la Iglesia, era que este movimiento reconociese el primado de la ley de Dios y que fuera útil a la conformación de un nuevo orden cristiano.

Franceschi: un apóstol de la Iglesia regenerada en defensa del “buen” nacionalismo

El 20 de octubre de 1932 Franceschi escribiría su primer editorial directamente referido al nacionalismo: “El despertar nacionalista”. En este escrito delinearía algunos de los puntos principales de su visión acerca del fenómeno. La postura de Franceschi reflejará las preocupaciones de la época en un intento por explicar el nacionalismo, darle sentido y, fundamentalmente, enmarcarlo en la legitimidad de la doctrina católica; no podremos, por lo tanto, analizar sus editoriales sin tener en cuenta las problemáticas que se entroncan con la crisis del liberalismo.

En uno de sus primeros editoriales, “Gobernar”, realizará un balance del paso de los gobiernos débiles a los gobiernos fuertes como fenómeno mundial. Como los gobiernos del siglo XIX no habían podido resolver los problemas de orden social, el siglo XX los había heredado. Franceschi critica las consecuencias de la democracia: el problema no era la falta de políticos fuertes y decididos, ya que, incluso Bismarck debía “tener en cuenta las elecciones y la popularidad”, sino el sistema de gobierno que no permitía tomar soluciones a los gobernantes. Así, surgían “toda suerte de trabas, y finalmente habían de retroceder ante las soluciones radicales que su mente entreveía pero que su voluntad no lograba imponer”. El problema de la democracia radicaba en la exposición del gobierno a la voluntad de la muchedumbre, que entorpecía, modificaba y anulaba su tarea. El corolario de esta debilidad de los gobiernos democráticos sería su caída (o, al menos, su modificación) y su posterior reemplazo por gobiernos fuertes, más “orgánicos y racionales” (*Criterio*, 7/7/1932).

Franceschi profundizará su crítica a la democracia en otro editorial posterior, “Demócratas”, donde intentará “corregir” y “concretar” ciertas ideas asociadas a dicho sistema. Sostendrá que existen interpretaciones nocivas, por no decir incorrectas, de la democracia como sistema en funcionamiento: “paréceles (a aquellos que así la entienden) que

² Al respecto, Álvarez Zuleta cita el análisis autoreferencial del joven nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo, que sostenía: “Así, nuestra convicción comenzó siendo religiosa. Después, fuímosla extendiendo con intemperancia, con la intemperancia de la verdad, también a la política. [...] Que quede, pues, constancia: hubo en Buenos Aires, quienes debieron sus convicciones políticas a sus convicciones religiosas; hay un grupo de hombres con todos los síntomas visibles e invisibles de una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo, que por su inteligencia católica comprendieron toda la grandeza del resurgimiento secular que proclama el fascismo” (Álvarez Zuleta, 1972: 198).

una democracia debe forzosamente apoyarse en el dogma de la soberanía popular, de la ley mayoritaria, del individualismo, que explícita o implícitamente se hallan en los varios escritos de Juan Jacobo Rousseau” (*Criterio*, 1/12/1932). En oposición a esta noción, que identifica con el liberalismo, señala la importancia de una democracia que no signifique “la pretensión de igualar, de uniformar”, ya que “quien dice sociedad dice organización. Quien dice organización dice jerarquía. Quien dice jerarquía dice desigualdad”, y aquí sigue a Paul Archambault. La clave radica en una democracia medida, realista, que no anteponga la voluntad general a la justicia y el orden. La “democracia individualista” y sus vicios asociados, se alejarían del “bien común”. Se impondría entonces la necesidad de reforma hacia una “democracia funcional” que permita salir de las formas inorgánicas, para llegar a las organizadas.

Se desprende de este análisis que la raíz que alimenta el sistema democrático es el liberalismo imperante, un “liberalismo trasnochado” y anticatólico que “prescinde de las consecuencias extremas que engendran inevitablemente las premisas que él sienta” (*Criterio*, 15/12/1931). La democracia, aliada visible del liberalismo, es atacada nuevamente por nuestro monseñor: para los políticos de profesión alejados de la realidad, por encima de todas las cuestiones, se impone la preocupación por el resultado electoral, siendo sólo importante el “reclutamiento de sufragantes”, y con este objetivo prometerán lo incumplible y buscarán la popularidad.

El liberalismo también hacía estragos a nivel religioso: años de esta doctrina habrían dejado a la sociedad sumida en un profundo ateísmo que no podía conllevar más que a una sombría crisis moral. En efecto, el diagnóstico que realiza Franceschi de la situación imperante es muy poco alentador:

Nos hallamos en presencia de un desarrollo exorbitante de la criminalidad en todos sus sentidos. No me refiero tan solo a asesinatos y hurtos, sino también y más aún a las seducciones de niñas ingenuas, a los hogares destruidos por pasiones torpes, a la disminución voluntaria de la natalidad entre las personas que ni siquiera tienen el pretexto de la pobreza, a los engaños de todas clases, a la usura en todas sus formas. Un hombre que piensa algo comprende que se trata de una crisis de la moralidad (*Criterio*, 15/12/1931).

Las percepciones de Franceschi se tornan aún más oscuras cuando advierte una de las causas que alimentó esta crisis:

Víctor Hugo escribió aquello de que ‘cada escuela que se abre es una cárcel y un hospital que se cierra’, la experiencia palpable, concretada en estadísticas, ha hecho comprender que todo depende de la especie de escuelas [...]. La escuela laica, por la absoluta carencia de solidez de su enseñanza moral, no ha logrado clausurar una sola cárcel (*Criterio*, 15/12/1931).

Franceschi elaborará una clara línea de elementos que desembocan en la crisis moral que él observa: el liberalismo es, sin embargo, la doctrina que subyace y los origina.

Si tomamos algo de distancia con respecto a los editoriales de Franceschi para analizar su encuadre en el marco más general de la revista, observamos que se repite entre sus escritos la preocupación por el liberalismo y la democracia. En el año 1933 aparecerán varios artículos

duramente críticos hacia la democracia y el liberalismo como ideologías burguesas implantadas en la Argentina cuyos efectos habían sido calamitosos. Se destacan en esta línea los artículos de José Assaf: “Las soluciones y la solución” (*Criterio*, 23/3/1933), “Liberalismo y gobiernos de fuerza” (*Criterio*, 27/4/1933), “Democracias de privilegio” (*Criterio*, 18/5/1933), “El gobierno y el pueblo” (*Criterio*, 22/6/1933) y “Democracia en tierra de huarpes” (*Criterio*, 20/7/1933). En esta seguidilla de escritos, Assaf concibe a la democracia como un sistema engañoso de privilegio, en el que la burguesía liberal crea en el pueblo la ilusión de un gobierno colectivo y de un mejoramiento progresivo de la sociedad. El liberalismo y la democracia son para Assaf, sistemas que se centran en el individuo. Otro importante referente de esta línea de ideas será en la revista Rodolfo Irazusta quien, en un artículo como “Aclaración sobre la democracia” (*Criterio*, 7/9/1933), sostendrá que el liberalismo constituye una ideología extranjera que, primero durante la experiencia rivadaviana y luego a partir de 1852, se ocuparía de instalar en la naciente Argentina las “deidades supremas” de “la libertad, el pacifismo y el laicismo”. Ideas extranjerizantes y ajenas al criollo que intentará resistirlas. Democracia y liberalismo son, sin embargo, ideas opuestas en la Argentina: el resurgimiento del caudillismo en 1916 demostraría una vez más que la democracia liberal en nuestro país es un elemento extraño.

Retomando las ideas de Franceschi, junto al liberalismo, el comunismo sería otro de los problemas que lo preocuparía profundamente. En efecto, durante su dirección, la revista llegaría a tener apartados especiales cada semana dedicados a esta temática. Franceschi identificará tanto al socialismo como al capitalismo como tipos de “materialismo”, es decir, como sistemas en los que predomina un “factor material” por sobre lo “espiritual”; el sistema opuesto a ambos sería una suerte de corporativismo cristiano. Nuestro autor establece una diferencia entre un “socialismo apaciguado, tornado más racional por el examen de los hechos” (*Criterio*, 23/6/1932), que tiene algunos puntos en común con el programa social cristiano, y el socialismo real, puesto en práctica de acuerdo a la rígida teoría, que produjo resultados “horrendos” en Rusia. De todas maneras, resaltaré que “el socialismo adopta un punto de partida materialista, mientras que es eminentemente espiritualista el del católico” (*Criterio*, 23/6/1932). Vemos en su postura una fuerte orientación “anti-individualista” opuesta tanto al liberalismo, como al comunismo. El cristianismo se colocaría en una posición intermedia, aunque de diferente esencia en virtud de su espiritualismo, en búsqueda de la armonía social.

La problemática del socialismo estará ligada indiscutiblemente, en la mirada de Franceschi y de la Iglesia, al aluvión inmigratorio. En efecto, se identificará principalmente al socialismo y el comunismo con ideologías “extranjeras” e “implantadas” por la creciente masa inmigratoria que llegaba al país con ideologías extrañas al ser nacional. El comunismo representaba uno de los mayores peligros de la época siendo “responsable de haber llevado a sus extremas consecuencias el proceso de apostasía iniciado con la Reforma protestante y continuado con la Revolución Francesa, y que finalmente había conducido a la instauración del ateísmo de Estado” (Zanatta, 1996: 103), y este era, a grandes rasgos, el gran terror que a Franceschi le producía el comunismo en su profunda preocupación por la crisis moral y religiosa que se transitaba por entonces encarnada en proyectos tendientes al laicismo. Sería la presencia de este “enemigo interno” la que precipitaría el “despertar nacionalista”, al que Franceschi se refiere en el mencionado editorial del 20 de octubre de 1932.

En este editorial fundamental, Franceschi planteará que la forma que el nacionalismo había adquirido en ese momento tenía una suerte de estímulo defensivo. Así, sostendrá: “nos

hallamos en presencia de un fenómeno de realidad indiscutible: el despertar de la idea nacionalista” (*Criterio*, 20/10/1932). Según Franceschi, hasta 1910 nadie se hubiera atrevido a cuestionar el valor del nacionalismo, quedando el odio a la patria reservado sólo a revolucionarios de poca importancia, con frecuencia extranjeros. Hacia 1917 el “antipatriotismo” encontraría en la reforma universitaria un nuevo público y ya en 1919

[...] el comunismo ruso que [...] parecía avanzar incontrastablemente a la conquista del mundo, encontró eco en los impacientes, en el proletariado intelectual: maestros desilusionados, médicos sin enfermos y abogados sin causas. Mezclóse el snobismo, y pareció de buen tono, espiritualmente ‘chic’, el mostrar desprecio por las ‘antiguallas’ patrióticas. Desde entonces el internacionalismo revolucionario se difundió a manera de incontenible epidemia (*Criterio*, 20/10/1932).

El antipatriotismo quedó ligado, desde un primer momento, al extranjero, aunque logrando hacer mella sólo en cierto sector de la sociedad propenso a abrigarlo. Sería entonces una estrategia de los altos mandos comunistas, enviar revolucionarios allí donde existían sociedades débiles, más permeables, con poblaciones de frágil identidad. A este último factor identitario relativo a un débil nacionalismo, Franceschi le añadirá otro al momento de explicar el asidero del comunismo en el país. El monseñor volverá a encontrar en la crisis moral de la que era testigo, la raíz del problema:

[...] el nivel moral [...] iba descendiendo con velocidad alarmante. Si el aumento de la criminalidad, sobre todo infantil, y el derrumbe de la natalidad, eran de por sí índices suficientes de la crisis, la observación de nuestra escuela oficial proporciona dolorosas certidumbres. Una moral sentimental, vaga, sin base religiosa, sin obligación exterior, sin sanción suficiente, no podía por cierto corregir los malos instintos que existen en todo ser humano ni proporcionarle razón suficiente para vivir una existencia honesta (*Criterio*, 20/10/1932).

En este mismo editorial calificará al movimiento nacionalista como todavía “informe” y será muy cauteloso a la hora de realizar un balance con proyección hacia el futuro. Por un lado, advertirá ciertos “errores” en el movimiento plasmados en, por ejemplo, las múltiples publicaciones y manifestaciones que se daban por entonces. Y, por otro lado, señalará cuáles son a su juicio los peligros a los que se expone el nacionalismo: en primer lugar, limitarse al “sentimentalismo” y, en segundo lugar, desviarse por el camino del exceso, siguiendo el mal ejemplo de otros países. Así, el nacionalismo no debía basarse sólo en el entusiasmo sino también, y fundamentalmente, en la inteligencia: “la tarea del nacionalismo no puede realizarse más que sobre la base de una sólida doctrina”. En cuanto a la segunda cuestión a tener en cuenta, Franceschi se refiere a la importancia de no caer en la simple imitación del “fascismo italiano” o del “hitlerismo alemán”. Y con esto está haciendo referencia a la existencia de un “nacionalismo materialista” que está lejos de ser digno de admiración: se refiere a un tipo de nacionalismo con raíces débiles, que sólo en ocasiones se puede llegar a manifestar, en tanto “lo material, lo que es instinto, concupiscencia, pasión, nunca logrará dar cohesión, disciplina, jerarquía, a sociedad alguna, porque no da fundamento a la abnegación”. Es decir, sin una sólida base espiritual, fundante, el nacionalismo se convierte en “nacionalismo materialista”, efervescente, pero poco duradero y, en definitiva, falso.

Otro de los problemas del nacionalismo que quedará planteado en este artículo inicial es el de su desviación hacia una forma de culto al Estado que “extiende la jurisdicción y funciones de éste, mucho más allá de los límites aceptables, haciendo pesar sobre las conciencias, una intolerable tiranía”. Claramente, más allá de la referencia a la “tiranía”, nuestro autor aquí va a evidenciar su preocupación por la existencia de poderes fuertes que compitan con el de la Iglesia, desvelo que habían expuesto ya representantes del catolicismo, como el mencionado Osés, representando, de más está decir, una inquietud no menor de la jerarquía con respecto a un fenómeno que si bien podía ser aprovechado, también representaba una amenaza en potencia.

Meses después, en “Por encima del muro”, Franceschi describirá la generalización de un estado de hostilidad entre países (*Criterio*, 16/03/1933). La preocupación por los “excesos” respondía a un clima de época, reconociendo dos polos opuestos y extremos: un “internacionalismo revolucionario”, por un lado, y un “ultra-nacionalismo antihumano”. Este nacionalismo exacerbado -que al mismo tiempo se manifiesta en el plano económico en el proteccionismo reinante- vendrá asociado a un problema de base ya referido: el individualismo imperante de las naciones. En la concepción del juego económico como una lucha y no una cooperación entre factores, la ventaja personal se impone por sobre el bien común. Frente a esto, sostendrá que existían dos alternativas genuinamente internacionalistas: el bolchevismo y el catolicismo. El primero falla en virtud tanto de su materialismo, como de su exclusión de las clases no obreras. El segundo, “es hoy (la) única doctrina que armoniza los dos conceptos de patria y de humanidad”. Ante los muros -proteccionismo y nacionalismo exacerbado- que imponían las naciones, Franceschi señalará la necesidad de la existencia de las fronteras sólo para distinguir, nunca para separar y, menos aún, para oponer.

El tema de los excesos del nacionalismo seguirá preocupando a Franceschi, esta vez en relación a la guerra. En un editorial de polémico título, “El negocio de la guerra”, abordará los intereses que impulsaban la actividad bélica: según nuestro autor, podían ser de tres tipos, económico, nacionalista (o patriótico) y de predominio. Aquí dejará entrever su concepción de la nación como un grupo de pertenencia de hondas raíces, que trascienden lo meramente político. Efectivamente, llamará la atención acerca de los límites de las conquistas bélicas sobre territorios poblados por naciones ya formadas: “Toda solución obtenida por la fuerza es provisoria” (*Criterio*, 13/04/1933). Notará la inestabilidad de las fronteras internacionales en Europa y sostendrá que “las fronteras más sólidas no duran cien años, salvo contadísimas excepciones”. El nacionalismo, como una de las causas de este expansionismo beligerante es una forma de nacionalismo exacerbada, característicamente europea, que implica un “tipo de predominio, aspiración al señorío, hostilidad contra todo lo extranjero, culto de la fuerza bruta como instrumento de imperio”, y es a todas luces condenable, además de opuesto a la doctrina católica. En cambio, Franceschi sostiene que en América latina predomina otro nacionalismo, que consiste solamente en “la nacionalización de los elementos que vienen a vivir entre nosotros, y luego la reacción contra los extremistas revolucionarios”.

Luego de haber escrito “El despertar nacionalista”, Franceschi no volvería a dedicar un editorial exclusivo a la problemática que abordamos sino hasta septiembre de 1933, cuando publicó “Nacionalismo”, dedicado a recapitular el tema para puntualizar algunas cuestiones (*Criterio*, 21/09/1933). Allí volverá sobre sus palabras y se referirá a aquel artículo inicial sobre el tema, haciendo referencia tanto a las precauciones, como también al apoyo manifiesto que le otorgó en ese momento.

En primer lugar, sostendrá que el hombre se diferencia de los animales en virtud de su capacidad de vincularse con sus generaciones pasadas y de recordar a sus padres, y es a partir de esta capacidad que “el hombre tiene patria”, es decir, de aquí surge “el principio del amor a la patria, *terra patrum*, según la llamaban los antiguos latinos: la tierra de los padres”. Y, en realidad, la patria va a trascender la mera cuestión territorial, al sumarse un “grupo de valores morales” (idioma, literatura, sufrimientos, glorias, entre otros). Es decir, en el pensamiento de Franceschi la nación iba más allá no sólo de los factores “materiales” del territorio y la “anatomía”, sino también de las cuestiones de derecho escrito. La clave de su concepción radica en factores históricos, propios de una tradición y una vida comunes. Se alejaría, entonces, de la corriente de raigambre francesa, que concibe a la nación como un grupo vinculado a través de la voluntad política de vivir en comunidad, para colocarse más cerca de la concepción que pone el énfasis en los elementos étnicos y lingüísticos que funcionan como matriz del organismo nacional.

En cuanto a la relación entre patriotismo y cristianismo, sostendrá que “para los cristianos el deber del patriotismo existe bajo pena de pecado, y su violación constituye una falta contra el cuarto mandamiento de la ley de Dios, ya que en él, bajo los nombres de ‘padre y madre’, se entienden no sólo los progenitores propiamente dichos sino también la familia entera, y por extensión esa otra familia superior se llama patria”. Sería, pues, una obligación de todo buen católico amar a la patria, en forma medida pero sin caer en la liviandad efímera de factores materiales, puesto que, en el largo plazo, sólo el patriotismo fundado en valores morales es el que puede llegar a tener resultados beneficiosos para la nación.

En tercer término, distinguirá entre patriotismo y nacionalismo: “el nacionalismo es el patriotismo militante de los días de crisis”. El patriotismo sería más estático, en contraposición con el nacionalismo militante, más dinámico y tendiente a organizarse en grupos y movimientos que concretan actos específicos. Así: “el nacionalismo es el sobresalto consciente y enérgico ante males que en un momento dado, accidental pero gravemente, amenazan a la patria”. En el nacionalismo y su efervescencia nacida de una situación particular, anida la posibilidad de decantación de un patriotismo más medido, sin embargo, son estos arranques pasionales los más sujetos también a salirse del camino. El nacionalismo así entendido, tendría el propósito fundamental de fortalecer a la patria, encarnada en su órgano visible: la autoridad, el Estado. Y es en este momento cuando se escinde el buen nacionalismo del malo, es decir, cuando sopesamos el nivel de la “tonificación nacional”. Al respecto, dirá Franceschi: “el valor del nacionalismo se determinará, pues, por su contenido filosófico-social”. Así, se opondrá al llamado “absolutismo de estado”, llevado a cabo por aquellas doctrinas nacionalistas que propugnarán la supremacía absoluta del interés nacional y del estado. En realidad, “cuanto más pletóricas de vida estén las instituciones de orden inferior al estado, más robusta será la nación en su totalidad”. Se observa, entonces, cómo está abogando por una sociedad organizada de manera corporativa, con cuerpos intermedios que trasciendan las diferencias de clases, asegurando la armonía del cuerpo social.

Por último, dedicará un apartado especial al nacionalismo argentino. Teniendo en cuenta los despertares nacionalistas europeos, señalará que éstos se dieron a partir de la existencia de una amenaza externa: “tienen casi siempre vueltos los ojos hacia los que provienen de más allá de las fronteras”. En cambio, en el caso argentino, no ocurre lo mismo con el enemigo interno, que sí constituye una amenaza real y suscita el despertar nacionalista. Es aquí cuando alerta sobre los peligros palpables del marxismo, que había vaticinado años antes, pero que recién en el momento de escribir el editorial habían tomado fuerza como

preocupación en el grueso de los ciudadanos. Llamará entonces a la formulación de un nacionalismo vernáculo, atento al origen católico e hispano de la nación argentina.

Hacia 1934 Franceschi se encontrará escribiendo aún con mayor preocupación y negatividad acerca del nacionalismo. Esta vez criticará la noción de “autarquía”, haciendo referencia a la necesidad de hermanar naciones, en vez de oponerlas:

Es posible armonizar a los pueblos y conducirlos a la práctica de la colaboración. Pero en esta hora no vamos por tal camino; cada nación se encierra en sí misma, lanza miradas de recelo por encima de sus fronteras, levanta cuantas barreras fiscales cabe imaginar, se desolidariza de las demás, procura bastarse en todo a sí misma, y construir lo que [...] se ha comenzado a llamar *una autarquía*, es decir un grupo que se gobierna solo, y vive independientemente de todo vínculo internacional (*Criterio*, 5/10/1933).

El materialismo y el egoísmo dominan las relaciones internacionales, y tienen los mismos efectos en este nivel que en el familiar: la soledad y el sufrimiento. El sombrío diagnóstico de Franceschi para los tiempos que corrían estaba en consonancia con los dichos del papa Pío XI que tampoco era muy optimista: “difícilmente encontremos una crisis espiritual y material más profunda, más universal, que la que estamos atravesando hoy en día”. Las raíces de esta crisis eran, según el Pontífice, el dinero, el egoísmo, el individualismo reinantes. El diagnóstico es, pues, el mismo para ambos.

A mediados de 1934, volvería a aparecer el tema del nacionalismo en el editorial “Patria y tradición” con tono pesimista (*Criterio*, 28/6/1934). De este modo, volverá a atacar al materialismo (encarnado en dos doctrinas opuestas, el capitalismo y el marxismo) que lleva a concebir a la patria como una “casa de comercio” y a valorar una nación de acuerdo a sus niveles de riqueza por encima de lo que es “propriadamente moral en la patria”. En este artículo, nuestro autor identificará completamente la idea de patria con la de herencia que, si bien es una visión que dejó entrever en editoriales anteriores, aquí la vemos completamente resuelta. Finalmente, Franceschi cerrará su editorial con una propuesta: infundir el respeto y el amor por la herencia en actos tangibles, cuyo ejemplo a seguir lo observa en las naciones de larga data. La clave de este tipo de patriotismo consolidado está en la presencia de la tradición en el presente: la “realidad histórica” de la nación debe ser palpable a través de tradiciones que unan el tejido social entre sí y con sus antepasados. El otro factor base del buen patriotismo es el amor a la “patria chica”, es decir, al pequeño pueblo, a la tierra de origen, al primer hogar, aquel testigo de la infancia.

Al menos en los años relevados, encontramos que la preocupación por el nacionalismo es bastante marcada en Franceschi en tanto será nuestro monseñor quien le dedique editoriales exclusivos al tema. En efecto, Franceschi analizará la problemática del nacionalismo como tema específico, es decir, como debate en sí mismo, teniendo en cuenta sus alcances y limitaciones. Retomando a Zanatta, vimos que durante los '30 se elaboró un mito de la nación católica, que se centró fundamentalmente en la conjunción entre la “catolicidad” y la “nacionalidad”, superponiendo las identidades religiosa y nacional. Esta operación se evidencia en el mencionado artículo de Rodolfo Irazusta, “Aclaración sobre la democracia”, donde entre otras críticas al liberalismo “extranjerizante”, sostiene por ejemplo que: “el señor Sarmiento [...] importó de Alemania y los Estados Unidos una pléyade de maestros, naturalmente protestantes [...], y los aplicó a la tarea de descristianizar a los argentinos.” A

este proyecto opondrá la resistencia del caudillismo criollo, quedando así planteada una dinámica general de “libertad del extranjero y sometimiento del criollo”. Por otro lado, se marca una clara línea ideológica a través de artículos que versan sobre actualidad. En primer lugar, es manifiesto el apoyo al golpe de estado encabezado por José F. Uriburu y luego al gobierno de Agustín P. Justo. En segundo lugar, en numerosos artículos se elogia al fascismo italiano y a la figura de Benito Mussolini³ (Franceschi será también uno de sus adeptos). Asimismo, la preocupación por los alcances de un tipo de nacionalismo desmedido que desvelara a Franceschi, queda también planteada, por ejemplo, en un artículo como “Nacionalismo y enseñanza” (*Criterio*, 12/10/1933) de Carlos Lerena, donde el autor manifiesta sus dudas acerca de una currícula escolar que supeditara la educación del alumnado al “fin supremo de la nacionalidad”. En síntesis, si bien *Criterio* tiene una marcada línea nacionalista, el nacionalismo se verá sin embargo con desconfianza cuando incurriera en ciertos excesos que pudieran amenazar la supremacía de la identidad católica. El nacionalismo debería ser, en suma, un arma que a través de lazos de unión, combatiera el individualismo liberal.

Algunas consideraciones finales

En términos generales, la visión que nos ofrece Franceschi acerca del nacionalismo puede resumirse en el siguiente esquema que él mismo sintetizaría en “La inquietud de esta hora” (*Criterio*, 2/8/1934). Dos tipos de “internacionalismos”, el capitalismo y el comunismo habían socavado hacia fines del siglo XIX los sentimientos nacionalistas en general. Al mismo tiempo, el individualismo materialista y egoísta propio de la doctrina liberal había determinado que los intereses particulares se erigieran por encima de los de la comunidad. Ambas tendencias, desembocaron en una crisis moral profunda de alcance internacional. Dadas las circunstancias, nace un tipo de nacionalismo que va más allá del tradicional patriotismo, y se convierte en movimiento, poniendo por encima del individuo a la comunidad, en una maniobra inversa a la precedente. El resultado: “un exceso engendró el exceso contrario [...]. De ahí que al lado de un nacionalismo sano y plausible haya surgido otro no conciliable con la doctrina católica”.

De esta manera, el desarrollo de sus editoriales acerca del tema estuvo siempre en consonancia con una visión católica abalada por la jerarquía. Sus profusas citas a consolidados pensadores católicos y su constante recurrir a la palabra de Pío XI demuestran su clara intención de consolidarse como el intérprete de la mirada católica para el lector de *Criterio*.

En este sentido, la siguiente aseveración de Ivereigh se revela muy atinada: “el mejor punto de partida para identificar el pensamiento de Franceschi se encuentra, pues, en el fenómeno del catolicismo integral” (*Criterio*, 14/9/1991), fenómeno que refiere al tipo de catolicismo dominante en el período 1930-1946 caracterizado por sus aspectos intransigentes e integralistas (Mallimaci, 1988). La clave será entonces la profunda visión católica de Franceschi como base para comprender su concepción acerca del nacionalismo. De aquí su mesura al momento de colocarse entre sus filas. Por consiguiente, siguiendo a Ivereigh, había en la década del '30 muchos tipos de nacionalismos, y el que entraría en oposición

³ Ver por ejemplo: “La política internacional al entrar en el año 1933” (*Criterio*, 5/1/1933) y Rodolfo Irazusta, “La introducción del fascismo” (*Criterio*, 12/10/1933).

fundamental con el catolicismo integral es, precisamente, su contracara, el “nacionalismo integral”. Es decir, un tipo de movimiento nacionalista que colocaba a las lealtades nacionales por encima del resto, incluyendo también la Iglesia y la religión. Esto último era, desde ya, inconcebible para Franceschi.

Por otra parte, teniendo en cuenta la definición de Devoto y Barbero de nacionalismo, no debemos perder de vista que en Franceschi el nacionalismo se confunde con un tipo de tradicionalismo bastante evidente en sus editoriales. Por encima de su catolicismo no existe ningún otro factor que sea más fuerte, ya que éste engloba todo el resto de su concepción. Es tradicionalista, en tanto intenta sortear las consecuencias del liberalismo apelando más bien a la historia común, a los valores de antaño de una comunidad de origen, que reconoce católica e hispana, previa a los estragos causados por la doctrina liberal. Su cautela lo colocará por fuera de los movimientos nacionalistas propiamente dichos y actuará como un freno para un nacionalismo desmedido.

Dada la repercusión de sus editoriales y su balance posterior, como apóstol de la regeneración católica desde la tribuna de *Criterio*, Franceschi tendrá éxito. A lo largo de nuestro análisis confirmamos su importante rol de educador en el tono de sus editoriales, que apuntaban a un público amplio y ávido de asir la mirada católica sobre los problemas contemporáneos.

Centrado en lo moral, el nacionalismo de Franceschi se apega al núcleo histórico nacional, más como un bastión a resguardar que como un elemento de cambio, y de ahí su diferencia con otros movimientos nacionalistas que van más allá de lo tradicional y ven en el nacionalismo un elemento para la construcción de una nueva sociedad. Así, el lugar que tiene el nacionalismo en el proyecto corporativista de sociedad católica de Franceschi es en realidad una piedra de toque, un elemento que ayudará a unificar el tejido social roto por la doctrina liberal y sus nefastas consecuencias. Y este será, en realidad, el objetivo último de su análisis del tema que analizamos y de otros en general: superar la crisis moral, regenerar la nación católica formando al laicado, apuntalando la doctrina desde la revista que convertiría en su proyecto de vida.

Bibliografía

- ÁLVAREZ ZULETA, Enrique (1975): *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires: La Bastilla.
- BENÍTEZ, Hernán (1944). “Prólogo general. Notas para una biografía”, en Gustavo Franceschi, *El pontificado romano*, Buenos Aires: Difusión.
- BETHELL, Leslie (1997): *Historia de América Latina*, Barcelona: Crítica.
- BIANCHI, Susana (2005): “La construcción de la Iglesia Católica argentina como actor político social, 1930-1960”, *Prismas*, revista de historia intelectual, N° 9.
- CAIMARI, Lila (1995): *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires: Ariel.
- CIRIA, Alberto (1975): *Partidos y poder en la Argentina moderna: 1930-1946*, Buenos Aires: De la Flor.

DEVOTO, Fernando (2006): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.

----- y BARBERO, María Inés (1983): *Los Nacionalistas*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

DI STEFANO, Roberto y ZANATTA, Loris (2009): *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires: Sudamericana.

----- y MALLIMACI, Fortunato (comp.) (2001): *Religión e imaginario social*, Buenos Aires: Manantial.

MALLIMACI, Fortunato (1988): *El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)*, Buenos Aires: Biblos-Fundación Simón Rodríguez.

HALPERIN DONGHI, Tulio (2006): “La trayectoria de un intelectual público en la Argentina de entreguerras: Monseñor Gustavo J. Franceschi”, en Roberto Bein, Guiomar Ciapuscio, Noé Jitrik, Elvira Narvaja de Arnoux, Jorge Panesi, María del Carmen Porrúa, Regula Rohland y Melchora Ramos (coord.), *Homenaje a Ana María Berrenechea*, Buenos Aires: Eudeba.

IVEREIGH, Austen (14 de septiembre de 1991): “Franceschi y el movimiento católico integral, 1930-1943 (I)”, *Criterio*.

LIDA, Miranda (2002): “Iglesia, sociedad y Estado en el pensamiento de Monseñor Franceschi. De la seditio tomista a la ‘revolución cristiana’. 1930-1943”, *Anuario del IEHS*, 17.

MONTSERRAT, Marcelo (1999): “El orden y la libertad. Una historia intelectual de *Criterio*. 1928-1968”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quattrocchi-Woisson (dir.), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

----- y FLORIA, Carlos (1994): “El pensamiento de Gustavo Franceschi y la revista *Criterio* en la cultura política de la Argentina contemporánea (1928-1978)”, en M. Montserrat, *Los usos de la memoria. Razón, ideologías e imaginación históricas*, Buenos Aires: Sudamericana-Universidad de San Andrés.

RUSCHI CRESPO, María Isabel (1998): *Criterio: un periodismo diferente. Génesis y fundación. Una respuesta católica al desafío de la prensa en la Argentina en la década de 1920*, Buenos Aires: Nuevohacer.

ZANATTA, Loris (1996): *Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

Archivos consultados

- Hemeroteca de la Biblioteca Nacional.
- Archivo editorial de la revista *Criterio*.